EL OFICIO DE ESCRITOR

"Historia de una pasión"

Fragmento

Darío Jaramillo Agudelo

En uno de mis recuerdos infantiles más remotos, yo tengo 4 ó 5 años. Mi padre me lee un texto maravilloso sobre la muralla china. Si se edificara hacia el cielo, la muralla llegaría hasta la luna. Ahora me veo, sentado en el suelo, con la boca abierta, mirando a mi padre sentado en una silla que hoy todavía forma parte del mobiliario de la casa, oyendo aquel relato que me hacía flotar fascinado de contento, y me hacía burbujear algo entre el pecho.

Mientras escribo ahora, pienso que esta escena lejana sea el origen remoto de mi pasión por escribir.

La pasión por escribir, más que el oficio de escribir. Porque debo aclarar aquí, de entrada, que tengo poco o nada que decir de la profesión de escribir, pues nunca la he tenido. De estas páginas no cabe esperar, pues, más que el inmodesto relato autobiográfico, el testimonio de una pasión, la pasión de escribir, cuya etiología puede casi siempre hallarse en otra pasión malsana, como pensaban el cura y el barbero de un lugar de La Mancha, el regusto obsesivo de leer por placer.

Nací en Santa Rosa de Osos el 28 de julio de 1947 y allí viví hasta el 31 de diciembre de 1954. Santa Rosa es el aire frío que acaricia la cara, el mismo clima de otoño de una Bogotá de diciembre, Santa Rosa son los duraznos y las moras, el olor de granos o el aroma cálido de las telas en el almacén donde trabajaba mi padre, el cine en la plaza y todo el pueblo metido entre ruanas con la cabeza alzada viendo aterrizar imágenes en lugar de aviones.

Santa Rosa es Fernando Roldán, mi bisabuelo, el abuelo de mi madre. Don Fernando era un maestro nato, y tenía un misterioso y peripatético método para enseñar a leer. A mí me llevaba de la mano en largas caminadas por los caminos de herradura y me hacía repetir las sílabas y después combinaba las repeticiones y terminábamos casi cantando, o sin casi, porque el hecho es que en un tiempo muy corto, antes del kinder, ya conocía todas las letras. Era un juego deleitoso. Al parecer, don Fernando Roldán, mi bisabuelo, nunca hizo nada que no fuera juego inocente; en todo caso nunca trabajó y en mi familia se repite una frase de él, muy de él, que si fuera por mi madre, y si el escudo existiera, ella lo grabaría en una orla: "Yo no le pido a Dios comida ni dormida, sino hambre y sueño".

Santa Rosa es, también, mi abuelo, José Domingo Jaramillo. A él lo conocí ya ciego. Había perdido la vista por un disparo que recibió en una cacería y, así limitado, era capaz de tejer cinchas y mochilas de fique y distinguía al tacto la cabuya roja o azul para hacer los decorados perfectos de su artesanía. Fumaba tabaco, usaba agua florida de Lamhan y Kent y contaba unos cuentos de tradición oral, entre los que yo prefería el de los tres deseos, con sus interminables variantes.

De mi abuelo paterno heredé tres cosas: una afición al Pielroja sin filtro, al tabaco negro; de mi abuelo heredé la fidelidad a esa loción que anuncia hace 100 años el almanaque Bristol y con él, entre taxis o aviones, en

salas de espera o en la diaria dosis de no hacer nada o de reposo, sigo jugando el juego de los tres deseos, sin terminarlo nunca. Hasta hoy tengo claro sólo el primer deseo: quisiera poder volverme invisible a voluntad.

Fernando Roldán y José Domingo Jaramillo, mi bisabuelo y mi abuelo son los seres que mi memoria sacraliza dentro de la parte más resplandeciente de mis primeros 7 años en Santa Rosa. El uno me cantaba el alfabeto y me relataba sus planes para reformar el mundo y el otro, ciego, inmóvil, mascando un tabaco, me contaba sus cuentos de érase una vez y vivieron muy felices. Ambos me llevaron por el canto de esa muralla china convertida en un puente que conducía directo a la superficie de la luna.

Mi primer día en Medellín, a los 7 años, fue el 1o. de enero de 1955. En Medellín comencé a leer por la confluencia de tres hechos: primero, el amor de mi padre por los libros, segundo, que no tuviera hermanos ni hermanas y, tercero, que viviéramos en el centro donde no había vecinos de mi edad. Así mis horas en aquella casa de Bomboná, localizada encima de la que hoy es la Avenida Oriental, pasaban sin prisa entre el rebote de una pelota contra el muro del patio donde fueron cayendo acribilladas todas las materas, y el mundo de los relatos escritos: en la indagación del más antiguo recuerdo localizo con amor una edición ilustrada que contenía Aladino y Simbad y Alí Babá; todavía recuerdo a mi padre explicándome de dónde venían los cuentos, hablándome de Scherezada y de mi fidelidad eterna a esta colección que luego me ha acompañado, en diferentes versiones, a lo largo de mi vida.

En los años de colegio leí lo habitual, acaso a mayor velocidad de lo acostumbrado: Verne, Salgari, Kipling, Sinkievsikz, Marcial Lafuente Estefanía, el Tesoro de la Juventud, los diccionarios, las enciclopedias, y 5 escritores que —con Verne— tengo en el altar de mis dioses lares y he leído, releído y explorado toda mi vida, Jonathan Swift, Rabelais, Roberto Louis Stevenson, Lewis Carroll y el mejor escritor nacido en Estados Unidos hasta hoy, Mark Twain.

Si ellos llenaron gratificantemente las horas ociosas de la casa, durante la primaria y casi todo el bachillerato fue el fútbol lo que más importaba entre todas las cosas de la vida. En una encuesta que se publicó en una antología, contesté que me había interesado en la poesía cuando descubrí que nunca podría llegar a ser el puntero derecho titular del Deportivo Independiente Medellín. Y puede que no sea literalmente cierto que hubiera un día en que yo cambiara al DIM por la poesía. Pero sí sé que hubo un día en que supe que era la poesía lo que más me importaba, lo que más me importaría en la vida. La poesía en su sentido más amplio y desaforado, la ebriedad sin tiempo de una boca amada, el aroma de una astromelia, el laberinto interno de tu reloj de cuarzo, de tu procesador de datos, un atardecer, un gol, un sorbete de curuba, la voz de una amiga, entender una cosa nueva, una crema de ostras, el galope de un caballo, en fin tantas cosas que son la poesía en su más amplio sentido. Y luego, también, más tarde, digamos en 1962 ó 1963 para coincidir con los Beatles, la pasión por la poesía en su sentido más restringido, o sea la capacidad de alucinar con la palabra escrita.

Aquí, acaso adelantándome, debo confesar que no entiendo mucho la diferencia entre los géneros literarios. Virginia Woolf decía que el único género literario era la poesía. La poesía convierte en literatura a la novela o al texto para televisión o a la nota bibliográfica o a la crónica. La virtualidad de la palabra escrita para cortarnos la respiración, para hacernos parpadear de la sorpresa, para exorcizarnos, para sonreírnos hacia adentro, esa palabra que está en el poema, en el relato, en el anuncio publicitario o en el cine.

En esta arqueología, recuerdo que el primer poeta que imité fue a León de Greiff: trataba de inventar mis propias palabras, mis propios stepanskys en unos poemas de un cuaderno que guardaba celosamente y que he perdido.

Eran ya los sesenta. Los sesenta son mi adolescencia, la iniciación sexual donde las putas, según el más puro estilo de la época, y el descubrimiento, primero de los Beatles y luego de los Rollings Stones, que cambiaron mi vida en la medida en que algo te cambia la manera como percibes el paso del tiempo. De repente el tiempo tenía unos ritmos nuevos y distintos pero absolutamente propios, míos. La música nos sirvió para edificar sobre ella

una nueva manera de vestirnos, de movernos, de llevar el pelo, una estética y una moral más salidas de nosotros mismos. Los Beatles y los Rollings me fueron revelados por mi mejor amigo de esos años, Pedro José Muñoz. Pedro José siempre soñó con volar y se convirtió en piloto y murió en su ley hace dos años, volando, incrustado entre una montaña, quemado entre su mortaja de metal y de instrumentos electrónicos de presión y altura, de velocidad y latitud, de orientación y de manejo.

De 1965 datan los primeros poemas que se publicarían luego, pero eso viene después. Ese mismo año fui acusado ante la Rectoría del Colegio con el ignominioso cargo de, prepárense ustedes, nadaísta. En ese año siento con claridad que puedo decir mis propias cosas, con mi propio tono y comienzo a escribir más deliberadamente: algunos poemas quedan transcritos a máquina y celosamente guardados. Unos pocos los conocen. De esa época es la advertencia de mi padre, hombre práctico: "En Colombia, el que escribe para comer, ni come, ni escribe".

En 1966 vine a Bogotá, a estudiar a la Universidad Javeriana. Aparte de conocer por la calle a muchos poetas, buenos y malos, hice una amistad profunda y duradera con dos poetas de mi edad: Juan Gustavo Cobo y María Mercedes Carranza. A Juan Gustavo lo conocí por teléfono un día de septiembre de 1966 y ocho días después se asiló en mi apartamento de las iras de su familia que —por entonces— no admitía de buen grado que él hubiera desertado del primer año de Derecho. En ese apartamento inicié una larga y picante carrera de celestinaje con Cobo y su novia de entonces. Con María Mercedes, aún hoy nos llamamos por teléfono diariamente, y ahora, como entonces, nos leemos nuestros poemas y nos criticamos despiadada y amorosamente. Con ellos me une un afecto que nunca ha declinado, el descubrimiento conjunto de muchos poetas, una pasión desmesurada por la buena cocina y por los dulces y postres, y la pasión por la poesía como elemento principal de nuestras vidas.

En mis épocas de universitario, entre el 66 y el 70 conocí también a dos hombres mayores que yo, muy distintos entre sí, pero que desde entonces hasta hoy, con un afecto entrañable, han sido mis amigos inmensos, y más que eso, representan mi criterio de verdad, el filtro de mis decisiones, el humor más profundo y más sabio. En una librería conocí y me hice inmediata y eternamente amigo de Fernando Martínez Sanabria. En la casa de un amigo común, Fabio Henker, el editor de la revista *Lámpara*, conocí a Germán Vargas.

Ya viviendo en Bogotá comenzó a suceder un hecho nuevo con los poemas que escribía. Rogelio Echavarría es también de Santa Rosa de Osos y todo el mundo sabe en Colombia, que la gente de un mismo pueblo, cuando no es grande, hace del paisanaje un grado de parentesco. En ese orden de ideas, soy pariente de Porfirio Barba Jacob y de Rogelio Echavarría, ambos de Santa Rosa, de manera que la talla está alta para el que quiera ser poeta en ese pueblo que mi bisabuelo quería dedicar a la porcicultura. El caso es que mi padre, con su natural duda, le mostró mis versos a Rogelio Echavarría y la respuesta de Rogelio es que un domingo apareció en *El Tiempo* "Sol de Domingo", un poema mío extraviado en buena hora. Me sentí Homero, Dante y luego me volví polvo. Cuando amaneció el lunes y vi que el mundo seguía igual que antes de mi poema, es más, muy a pesar de que apareciera en *El Tiempo*, el mundo, es decir, todo el mundo, ni siquiera se había enterado de mi poema. Por otra parte, y esto era lo principal, al pellizcarme el lunes rumbo a clase y comprobar que yo mismo seguía siendo el mismo, sin ningún aura adicional, consciente de no percibir ninguna lucidez nueva por el bautismo solemne de ver mis versos en la letra de imprenta.

Si algo sentí, a lo mejor el martes, al releer el periódico de antier, era que aquellas palabras ya no eran mías, que eran de otro, de otros, lo cual se conjugaba con un sentido del tiempo que tiene que ver con *Lucy in the sky with Diamonds* de los Beatles, con Michaux, con *Las puertas de la percepción* de Huxley, es decir, con esa sensación de multiplicidad dentro del pellejo y de certeza de que hubo otros dentro de uno, otros que ya no existen y que estuvieron en los viajes olvidados, que amaron en camas olvidadas, que conversaron o bailaron con seres molidos por la desmemoria. Así, el olvido sería la memoria muerta de otros que fuimos y que ya desaparecieron den-

una nueva manera de vestirnos, de movernos, de llevar el pelo, una estética y una moral más salidas de nosotros mismos. Los Beatles y los Rollings me fueron revelados por mi mejor amigo de esos años, Pedro José Muñoz. Pedro José siempre soñó con volar y se convirtió en piloto y murió en su ley hace dos años, volando, incrustado entre una montaña, quemado entre su mortaja de metal y de instrumentos electrónicos de presión y altura, de velocidad y latitud, de orientación y de manejo.

De 1965 datan los primeros poemas que se publicarían luego, pero eso viene después. Ese mismo año fui acusado ante la Rectoría del Colegio con el ignominioso cargo de, prepárense ustedes, nadaísta. En ese año siento con claridad que puedo decir mis propias cosas, con mi propio tono y comienzo a escribir más deliberadamente: algunos poemas quedan transcritos a máquina y celosamente guardados. Unos pocos los conocen. De esa época es la advertencia de mi padre, hombre práctico: "En Colombia, el que escribe para comer, ni come, ni escribe".

En 1966 vine a Bogotá, a estudiar a la Universidad Javeriana. Aparte de conocer por la calle a muchos poetas, buenos y malos, hice una amistad profunda y duradera con dos poetas de mi edad: Juan Gustavo Cobo y María Mercedes Carranza. A Juan Gustavo lo conocí por teléfono un día de septiembre de 1966 y ocho días después se asiló en mi apartamento de las iras de su familia que —por entonces— no admitía de buen grado que él hubiera desertado del primer año de Derecho. En ese apartamento inicié una larga y picante carrera de celestinaje con Cobo y su novia de entonces. Con María Mercedes, aún hoy nos llamamos por teléfono diariamente, y ahora, como entonces, nos leemos nuestros poemas y nos criticamos despiadada y amorosamente. Con ellos me une un afecto que nunca ha declinado, el descubrimiento conjunto de muchos poetas, una pasión desmesurada por la buena cocina y por los dulces y postres, y la pasión por la poesía como elemento principal de nuestras vidas.

En mis épocas de universitario, entre el 66 y el 70 conocí también a dos hombres mayores que yo, muy distintos entre sí, pero que desde entonces hasta hoy, con un afecto entrañable, han sido mis amigos inmensos, y más que eso, representan mi criterio de verdad, el filtro de mis decisiones, el humor más profundo y más sabio. En una librería conocí y me hice inmediata y eternamente amigo de Fernando Martínez Sanabria. En la casa de un amigo común, Fabio Henker, el editor de la revista *Lámpara*, conocí a Germán Vargas.

Ya viviendo en Bogotá comenzó a suceder un hecho nuevo con los poemas que escribía. Rogelio Echavarría es también de Santa Rosa de Osos y todo el mundo sabe en Colombia, que la gente de un mismo pueblo, cuando no es grande, hace del paisanaje un grado de parentesco. En ese orden de ideas, soy pariente de Porfirio Barba Jacob y de Rogelio Echavarría, ambos de Santa Rosa, de manera que la talla está alta para el que quiera ser poeta en ese pueblo que mi bisabuelo quería dedicar a la porcicultura. El caso es que mi padre, con su natural duda, le mostró mis versos a Rogelio Echavarría y la respuesta de Rogelio es que un domingo apareció en *El Tiempo* "Sol de Domingo", un poema mío extraviado en buena hora. Me sentí Homero, Dante y luego me volví polvo. Cuando amaneció el lunes y vi que el mundo seguía igual que antes de mi poema, es más, muy a pesar de que apareciera en *El Tiempo*, el mundo, es decir, todo el mundo, ni siquiera se había enterado de mi poema. Por otra parte, y esto era lo principal, al pellizcarme el lunes rumbo a clase y comprobar que yo mismo seguía siendo el mismo, sin ningún aura adicional, consciente de no percibir ninguna lucidez nueva por el bautismo solemne de ver mis versos en la letra de imprenta.

Si algo sentí, a lo mejor el martes, al releer el periódico de antier, era que aquellas palabras ya no eran mías, que eran de otro, de otros, lo cual se conjugaba con un sentido del tiempo que tiene que ver con *Lucy in the sky with Diamonds* de los Beatles, con Michaux, con *Las puertas de la percepción* de Huxley, es decir, con esa sensación de multiplicidad dentro del pellejo y de certeza de que hubo otros dentro de uno, otros que ya no existen y que estuvieron en los viajes olvidados, que amaron en camas olvidadas, que conversaron o bailaron con seres molidos por la desmemoria. Así, el olvido sería la memoria muerta de otros que fuimos y que ya desaparecieron den-

tro de nosotros o se metamorfosearon en nuevos habitantes de ese uno mismo tan plural y tan efímero.

Desde entonces no me he interesado nunca demasiado por coleccionar mis escritos publicados en revistas o periódicos, casi nunca he podido terminar de leer una reseña sobre mí a no ser que sea de un amigo, ni me he preocupado demasiado por el destino de mis libros: *Historias*, mi primer libro de poemas, fue llevado a la imprenta, sin yo saberlo, por Juan Gustavo Cobo y me fue entregada la edición en vísperas de mi viaje al International Writing Program de la Universidad de Iowa, de tal manera que me vi obligado a dejar casi toda la edición en la casa de una amiga donde había un cachorro cocker spaniel, especie canina que en su infancia muerde cualquier cosa, especialmente cartulina y papel, pues casi todos los ejemplares perecieron en las fauces de aquel perro que andaba en las crisis más arduas de su desarrollo dental.

Mi experiencia personal separa claramente dos actividades distintas, y por completo ajenas entre sí: una es la pasión por escribir; la otra es el hecho de publicar.

Lo que a mí me gusta es escribir: esa ceremonia privada de horas nocturnas, entre nescafé y pielroja, en silencio ¡ah!, con música —tal cual Mozart, deliciosamente inevitable, la música para piano de Chopin, ciertas piezas muy concretas, soy limitado en este repertorio, de Beethoven, Brahms o Dvorjak—, esa labor tan absorbente y tan humilde que durante años, por hábito, me ocupa entre 9 de la noche y una de la mañana, borronando libretas con poemas y cartas, reseñas y relatos. Ese oficio del que hace parte una especial euforia, tan especial que se localiza al mismo tiempo en el corazón, la cabeza y el estómago, ese oficio solitario que se agota en sí mismo porque dentro de él está el placer que entrega. El placer de la imagen, de la historia que nace dentro de ti y se apodera de tu mano para volverse palabras. Aun el placer de corregir los textos. Debo confesar que corrijo tachando las libretas de taquigrafía que utilizo para escribir, e intercalando frases en el respaldo de cada página, que al principio dejo en blanco. Una parte de estos manuscritos los mecanografío personalmente, tachando e intercalando nuevas correcciones.

Publicar es otra cosa. Un acto público. Sería ingenuo desconocer que, de algún modo, editar influye sobre el hecho mismo de escribir, en primer lugar volviéndolo a uno más riguroso, más disciplinado, más exigente con la escritura. En general, con mi poesía, he tratado de ser selectivo, en proporción de 10, o más, a uno, entre lo que escribo y lo que publico, y procuro que entre una cosa y otra exista por lo menos un año de intervalo, de tal manera que pueda hacer la última corrección leyendo el texto como si hubiera sido escrito por otro.

Existe otro nivel de interacción: cuando uno escribe para publicar. En mi caso, esto se ha dado con respecto a las reseñas de libros, desde cuando estaba en la universidad descubrí que la única manera de adquirir ciertos libros era solicitándolos en las editoriales para comentario bibliográfico. Además de hacer biblioteca, la reseña es un oficio que me gusta, entendida siempre como testimonio de lector, más que como esa cosa aparatosa y sosa y casposa, llamada "crítica literaria".

La primera vez que aparecieron varios poemas míos en una publicación —por oficio de Juan Gustavo Cobo, como tantas veces en mi vida— fue en 1966, creo. Recuerdo el incidente para referirme a un personaje cada vez más importante en mi vida: Jean Cocteau; el epígrafe de aquel grupo de poemas era de él y decía: "el poeta está a las órdenes de su noche". Desde entonces me ocurren cosas con Cocteau: muchas veces encuentro que algo que desde antes yo había pensado, Cocteau lo ha expresado con tino; por ejemplo, que "la poesía es exactitud", por ejemplo: "sé que la poesía es indispensable, pero ignoro para qué". O por ejemplo: "el poeta es un mentiroso que siempre dice la verdad". O como cuando dice que "un verdadero poeta se preocupa poco de la poesía. Del mismo modo que un horticultor no perfuma sus rosas".

En 1970 terminé mis cursos universitarios y, como todo el que ha pasado por ese trance, padecí esa crisis del recién egresado que tiene la certeza de ignorarlo todo para el ejercicio profesional y comencé el currículum de trabajos para ganarme la vida. Fui abogado de una

compañía de seguros, secretario de un alcalde, abogado de una empresa distrital, economista de otra y en esta enumeración se me van como siete años: en todo ese tiempo fui también profesor universitario, nunca de literatura, siempre de teoría económica —que es ficción— o de introducción al Derecho, clases en las que, sin embargo, siempre exigí *Los viajes de Gulliver* como lectura obligatoria. Ultimamente se me ha vuelto a aparecer el prodigioso texto de Swift: Fernando Martínez Sanabria me regaló un dibujo suyo titulado Gulliver y Liliputa, de donde está saliendo un texto con el relato completo de este incidente olvidado por Jonathan Swift.

En 1974 viajé a la Universidad de Iowa al Programa Internacional de Escritores, que entonces duraba casi un año. Casi un año en la mitad de ninguna parte, entre nieve y maizales, con veinte escritores; veinte vanidades procedentes de Polonia o Corea, de Grecia o Argentina. El International Writing Program es la mejor demostración empírica de que el mayor obstáculo para escribir no es la falta de tiempo. Allí el ocio te lo pagan sin exigirte nada a cambio y quienes mejor lo hacen, se dedican a corregir manuscritos. En mi caso, nunca antes mandé tantas y tan extensas cartas.

La lección que saqué de esa experiencia en Iowa es que con mi tiempo comprometido en un trabajo de ocho horas, o sin él, igual escribía más o menos lo mismo.

Al regresar, sentía una especie de deber moral con mis amigos y con mi familia. Algo así como mostrar resultados. Envié mis poemas al Premio Nacional de Poesía Eduardo Cote Lamus y pagué así, ganándome el concurso, el año de literal vagancia que acababa de tener. El libro se llama *Tratado de retórica o de la necesidad de la poesía.* Esto ocurrió en 1977. Y en 1978 la edición del libro, que esta vez no se la comió un perro, fue puntualmente repartida entre diputados del Norte de Santander. A mis manos llegaron diez ejemplares.

Durante los últimos años he trabajado en una oficina de abogados, luego de comerciante en una tienda del centro de Medellín donde también trabajan mis padres y, durante los dos últimos he trabajado en la Subgerencia Cultural del Banco de la República. Durante el mismo intervalo escribí la carta más larga que ha quedado en mis libretas. En ella le contaba una historia a uno de sus protagonistas. Un amigo la leyó y me aconsejó que la mandara a un concurso, y como no existen concursos de cartas, decidí mandarla al premio de Plaza y Janés. "La muerte de Alec" quedó de segunda y el único consuelo —aparte de 200 mil pesos del 83— fue recordar que *El astillero* de Onetti fue una vez segundo en un concurso del cual nadie recuerda al ganador.

En 1986 la Fundación Guberek editó 1.000 ejemplares de mi tercer libro de poemas, *Poemas de amor* y así se mantuvo, por azar, la tradición de que mis libros de poesía aparecieran en años de mundial de fútbol, 1974, 78 y 86, exceptuando el campeonato que se realizó en España en el 82.

En el intervalo hice también *La Nueva Historia de Colombia* —una compilación— para Colcultura y *Sentimentario*, antología de la poesía amorosa colombiana, y escribí poemas y relatos, y una serie de textos donde se demuestra que las cucarachas son eternas, y otros, reunidos en un volumen inédito, con el título provisional de *Guía para viajeros.*

En diciembre pasado el rector de la Universidad Nacional, Marco Palacios, me propuso reunir en un solo volumen mis tres libros de poesía. El resultado fue *77 Poemas*, que incluye Historias, Tratado de Retórica y Poemas de Amor. Exactamente dentro de dos meses cumplo 40 años. Si hago memoria, lo único que percibo de mi vida son fragmentos discontinuos: esto se corrobora cuando leo cosas que he escrito que me son ajenas, que las percibo como la experiencia de otros que fui y que ya no soy.

Acaso persisto en usar siempre camisas blancas para tratar de identificar por el vestido al tipo que escribió aquello.

El mismo sentido de discontinuidad, de fragmentación, me convierte en un hombre poco dado a la nostalgia y más volcado con curiosidad y con avidez al día de hoy: "el poeta está a las órdenes de su noche".

En lo que a mí respecta, prefiero asumir la pasión de escribir como una afiebrada y regocijante actividad no profesional. Por lo demás, una de las garantías de la poesía es que no puede profesionalizarse; y esto es un reto

moral para el poeta, que no tiene ninguna cortapisa para su expresión o su vuelo, ni el mercado, ni la retórica, ni la moda, ni la política.

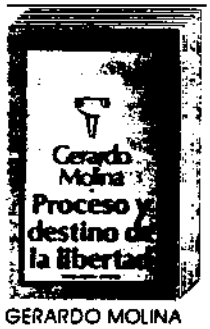
A propósito: no he hablado de política. Imperdonable, y me refiero a ella para decir lo siento señores, no tengo ninguna verdad que ofrecerles, ninguna solución práctica y mucho menos ningún sistema teórico, ninguna visión ordenada y coherente del mundo. Tiendo a pensar que el poder y la ambición son una concupiscencia humana, exactamente del mismo modo que lo son la codicia o el basuco, o sea, que son dañinos cuando lo tocan a uno.

Más que las ideas abstractas, que los principios definidos, me motivan el afecto, el calor de un abrazo, el incendio de la piel amada. Más que cualquier justicia como principio normativo, me rige el sentido concreto de la equidad, más que cualquier ley general, me empeño en descubrir la patafísica ley de un solo caso. Tomás Eloy Martínez dice que una cosa es la moral política y otra cosa es la moral poética. Esta última es la mía.

Hace poco leí en un libro sobre Jaime Gil de Biedema que "un poema es dirigirse a alguien en concreto, pero haciéndolo como si detrás nuestro estuviera Baudelaire escuchándonos". Mientras siga teniendo a la gente que amo, esos mismos pocos con quienes puedo conversar, reírme interminablemente y decirles mis poemas, a ellos deberé que pueda seguir escribiéndolos. No me parece esencial que Baudelaire los escuche pero, si lo hace, de entrometido, quisiera que también le gustaran.

Bogotá, D. E., mayo de 1987

PENSAMIENTO POLÍTICO



GERARDO MOLINA
Proceso y destino de la libertad.

HISTORIA

JAIME JARAMILLO URIBE
Ensayos de historia social. 2 tomos.

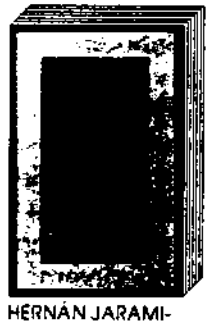
HISTORIA ECONÓMICA

ALBERTO MAYOR MORA
Ética,Trabajo y Productividad en Antioquia.

ARTES

DAMIÁN BAYÓN
La transición a la modernidad.

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA



HERNÁN JARAMILLO OCAMPO
Momentos estelares de la política colombiana.

SALOMÓN KALMANOVITZ
La encrucijada de la sinrazón.

NOVEDADES CIENCIAS SOCIALES

TERCER MUNDO EDITORES
Calle 69 N 6-46
Tels: 217 67 56 - 249 98 24 Bogotá-Colombia

M&SS
12159 S.W. 132 Court 2nd. floor
Tel.: (305) 2528454
Miami, Florida 33186 U.S.A.